

Sentido de Límite y Economía

Señala Kenneth Stickers en su artículo que “decir—como suelen decir los economistas—que los deseos humanos son ilimitados e insaciables es confesar secretamente la incapacidad para afrontar (no digamos aceptar) la propia finitud y la propia muerte.” Mi comentario se centrará en las resonancias aristotélicas que me provoca esta afirmación.

La exposición de la *económica* en Aristóteles se encuadra dentro de su ámbito, que es el de la política. Como buen realista, lo primero que Aristóteles observa y trata en su estudio sobre la *polis*, es que la ciudad se compone de casas, y que la primera depende de las segundas como el todo de las partes que lo componen. “La ciudad,” señala Aristóteles, “es el conglomerado de hogares, parcelas y propiedades que bastan para vivir bien” (*Económicos*, I, 1343 a 10-1).¹

La casa es cronológicamente anterior a la ciudad (cfr. *Económicos*, I, 1343 a 14-5), pero por naturaleza posterior, como las partes respecto al todo (cfr. *Política*, I, 2, 1253 a 19-20). Estas ideas son las rectoras de todo lo que Aristóteles dirá acerca de la casa y de su administración (la *oikonomia*).

Ricardo Crespo es Profesor de Filosofía en la Universidad Nacional de Cuyo y en la Universidad Austral, Argentina.

Esta prioridad temporal y condición de parte de la *polis*, lleva a Aristóteles a ocuparse, en primer lugar, del gobierno de la casa (cfr. *Pol.*, I, 3, 1253 b 1-3), la *económica*. Antes que “político” el hombre es *oikonomikon zoon* (*Ética a Eudemo*, VII, 10, 1242 a 22-3), animal de la casa. La casa perfecta se compone de esclavos y libres, dando origen a tres combinaciones de relaciones que serán partes de la *económica*: la posesiva, que se divide en dos: amo-esclavo y amo-riquezas; la conyugal: marido-mujer; y la procreadora: padres-hijos. Aquí nos referiremos sólo a la parte de la *económica* a la que Aristóteles se refiere cuando dice en la *Ética Nicomaquea* que su fin son las riquezas (cfr. *Ética Nicomaquea*, I, 1, 1094 a 9).

Así concebida, la *económica* se ocupa del uso y de la adquisición—a través de la crematística—de lo necesario para la vida buena. Del uso se ocupa propiamente la *económica*. De la adquisición, la adquisitiva—*ktetiké*—o crematística—*crematistiké*—, que Tomás de Aquino llama *possessiva*, *pecuniativa* o *chrematistica*.

La crematística es parte de la *económica* siempre que se proponga la obtención de los medios, subordinados al límite que el fin de la *polis* le impone. La *polis* “es una comunidad de casas y familias con el fin de vivir bien, de conseguir una vida perfecta y suficiente” (*Pol.*, III, 9, 1280 b 34-5): “Fin de la comunidad política son las buenas acciones” (*ibid.*, 1281 a 4) y “el

bien político es la justicia” (*Pol.*, III, 12, 1282 b 17). La política y ética aristotélicas establecen el criterio de distinción entre una crematística subordinada y otra no subordinada, laudable la primera y “vitupeable” la segunda.

Aristóteles despliega las características de una y otra formas de crematística. “Una es natural y la otra no” (*Pol.*, I, 9, 1257 a 4). La crematística que forma parte de la *económica* es la natural—*fusei*. Considera, dentro de esta última, la agricultura y demás actividades naturales, incluso el trueque, para obtener lo necesario para la vida (*ibid.*, 28-30). En cambio, no es natural el comercio en sus diversas formas, y es máximamente anti-natural y aborrecible el del dinero (*Pol.*, I, 10, 1258 b 7-8). El surgimiento de la crematística no-natural está íntimamente relacionado con el invento del dinero, que a su vez es provocado por la necesidad de facilitar el intercambio (*ibid.*, 1257 a 30 a 1257 b 10).

La crematística natural es necesaria, la no-natural, innecesaria (cfr. *Pol.*, I, 9 1258 a 14-8); una busca un fin necesario, la otra innecesario. Esta característica distintiva proviene de la que, a nuestro juicio, es la más importante. La crematística natural busca su fin de un modo limitado; la no-natural en cambio, ilimitadamente (*ibid.*, 1257 b 18-40). Para esta última “no parece haber límite—*peras*—alguno de la riqueza y la propiedad” (*ibid.*, a 1). “Esta crematística comercial parece tener por objeto el dinero, ya que el dinero es el elemento y término del cambio, y la riqueza resultante de esta crematística es ilimitada” (*ibid.*, b 22-4). “La economía doméstica tiene un límite, pues su misión no es la adquisición ilimitada de dinero” (*ibid.* 30-2), sino el “tener a mano los recursos almacenables necesarios para la vida” (*Pol.*, I, 8, 1256 b 28-9). “Ambas utilizan la propiedad, pero no de la misma

manera, pues una persigue un fin exterior y la otra su propio aumento” (*Pol.*, I, 9, 1257 a 36-8). De allí que algunos confundan y piensen que el fin de la economía sea buscar aumentar la riqueza indefinidamente. La verdadera riqueza no es ilimitada, sino una cantidad acotada de instrumentos económicos y políticos (cfr. *Pol.*, I, 8, 1256 b 30-7). Todo arte, dice Aristóteles, busca su fin de un modo ilimitado, pero los medios son necesariamente limitados a ese fin (cfr. *Pol.*, I, 9, 1257 b 25-8). Siendo el fin de la crematística la riqueza y las posesiones, si no le ponemos límites, las buscará infinitamente.

Decíamos más arriba con Aristóteles que la verdadera riqueza tiene un límite. ¿Cuál es? Es el que impone lo necesario para vivir bien (cfr. *Pol.*, I, 8, 1256 b 30-2): *pros agathon zoon*. Se requiere una cierta medida de bienes de fortuna para vivir bien—*eu zen* o *zen kalos*—y alcanzar la felicidad—*eudaimonia* (*Pol.*, IV, 13, 1331 b 38-41 o 1332 a 1), para vivir moderadamente—*oste zen sofronos* (*Pol.*, II, 6, 1265 a 30). Para Aristóteles, “los bienes externos, en efecto, tienen un límite, como todo instrumento, y todas las cosas son de tal índole que su exceso perjudica necesariamente” (*Pol.*, IV, 1, 1323 b 7-10).

La crematística ilimitada es la que ignora la virtud y sólo busca el vivir, no la vida buena. ¿Cuál es la causa? La ilimitación del apetito que lleva a buscar los medios también ilimitadamente. El deseo de placeres corporales, que parecen depender de los bienes que se poseen, lleva a querer dedicarse por completo a los negocios. Se usa de las facultades—la valentía, la estrategia, la medicina—de un modo antinatural buscando como fin en todas ellas el producir dinero. Tomás de Aquino, parafraseando al Estagirita da la explicación de esta causa, que resulta más completa por

su clara noción de la ilimitación de la concupiscencia: *quia homines student ad vivendum qualitercumque, non autem ad vivendum bene, quod est vivere secundum virtutem. Si enim intenderet vivere secundum virtutem, essent contenti his quae sufficiunt ad sustentationem naturae: sed quia praetermisso hoc studio, student ad vivendum unusquisque secundum suam voluntatem implere: et quia concupiscentia hominum tendit in infinitum; ideo in infinitum desiderant ea per quae possint satisfacere suae concupiscentiae* (L. VIII, 126).

La crematística ilimitada sigue un principio general: “el de conseguir siempre que sea posible, el monopolio” (*Pol.*, I, 11, 1259 a 20-1). Sólo busca la mayor ganancia, no el aprovisionamiento y producción adecuados y suficientes.

¿Qué género de realidad es la *económica*? La *económica* es *prâxis* pues su obra queda en el sujeto, es un aspecto de su propia vida buena, no es exterior a él. Su hábito es una virtud. La crematística, en cambio, no es virtud: la determinación de sus actos le viene de la *económica* o de la política a las que, lógicamente, debe estar subordinada. No es virtud, pues la virtud es hábito para un fin necesariamente bueno, y la sola adquisición de dinero y riquezas no es por sí misma necesariamente buena—ni necesariamente mala—, sino sólo en la medida en que esté orientada a la vida buena por la *económica* y la política. El fin de la crematística, es medio para la *económica*. “Es evidente que la riqueza no es el bien que buscamos, pues sólo es útil para otras cosas” (*EN*, I, 5, 1096 a 6-7). El uso de riquezas, igual que su adquisición, tampoco es de suyo necesariamente bueno, pero la *económica* se propone hacerlo en función de la vida buena, subordinada—de lo contrario no sería *económica*—a la política. “De las

cosas que tienen uso, es posible usarlas o bien o mal, y la riqueza pertenece a las cosas útiles” (*EN*, IV, 1, 1120 a 4-5). La *económica* es normativa según las normas de la ética, la crematística lo es también, pero según las normas del arte.³

Tal como señala Stickers tanto al referirse a la escasez como al desarraigo del mercado, la pérdida del sentido de límite separa la economía del mundo de la vida. El gran pecado del hombre contemporáneo es engañarse respecto a su finitud, creerse sin límites. Es el mismo pecado que está en la raíz de la tragedia ecológica, negación del *logos* de la *oikia*, que obra como límite de sus posibilidades. Cuando se intenta forzar ese *logos* se daña, se “retuerce” la naturaleza. En el griego lo poiético—lo técnico—era prolongación de la *physis*, la naturaleza. La técnica moderna “explota” la naturaleza, porque al “caer” la razón teórica—la metafísica—, la razón práctica, desvinculada de su soporte teórico, deviene en *philosophia prima* transformada en razón técnica al servicio de un fin ilimitado. Esta ilimitación infringe una herida profunda a la naturaleza. Sólo el reconocimiento del límite volvería las cosas a su lugar.

Ahora bien, esta vuelta al límite requiere una conversión. El orden causal ha quedado completamente subvertido. Para el griego la razón teórica se hacía práctica al considerar la acción humana y se prolongaba en la técnica. En cambio, para el hombre moderno, la racionalidad económica determina una cierta racionalidad técnica que se sirve de la razón teórica. Esta posición tiene un substrato moral, ya que supone que el hombre ya no contempla y respeta el resto de la naturaleza, sino que se instala en su centro exigiendo de ésta un don ilimitado. Su cambio ha de ser una *metanoia*, una conversión del hombre, que acepte su finitud y la consi-

guiente limitación de sus necesidades. Como citábamos antes, Tomás de Aquino dice que la clave de la ilimitación de la crematística se halla en la concupiscencia humana. Sólo una contención de sus consecuencias puede hacer retornar la economía a sus raíces, volver al cuidado de la casa, a la soberanía de la persona espiritual, a la libertad unida a la responsabilidad y a la confianza original.

NOTAS

[Agradezco a la Profesora Eliana Trillini las correcciones de estilo de este trabajo.]

¹El Libro I de los *Económicos* es habitualmente considerado genuinamente aristotélico u obra de un discípulo directo del Estagirita.

²Según Newman (*The Politics of Aristotle*, Oxford University Press, I, p. 126, nt. 3) la crematística sería más bien arte o “ciencia productiva”. Es un cierto hábito que no es virtud, no es tampoco productivo—lo propio del arte—, sino adquisitivo, pero no está determinado al bien, sino a la realización de su fin, lo que sí es propio del arte. Sobre la *oikonomiké* señala que es, probablemente, una “ciencia práctica”, como la *politiké*, una “ciencia ética” (p. 133).